

José Luis Martínez (1918-2007)

La visión de un lector amanuense

Adolfo Castañón

Recientemente fue inaugurado el Fondo José Luis Martínez en la Biblioteca José Vasconcelos de la Ciudad de México. Hombre de libros y para los libros, el erudito fue una de las figuras centrales de su tiempo. Adolfo Castañón nos recuerda el legado del gran bibliófilo jalisciense.

A Guillermo Tovar de Teresa

I

Las ciudades tienen nombres. La historia de la ciudad se hace en la crónica de los nombres de sus calles, plazas y espacios. El polvo de las calles y el polvo de los libros y periódicos se confunden con el de las horas; de esa polvareda, resucitada, está hecha la memoria, la experiencia en la historia.

Constataciones elementales que se suelen perder de vista en medio del ajetreo, aunque el alboroto y la algarrabía, el mitin y el motín de los matones sean también parte —¿cómo no?— de la crónica de la ciudad y de la historia de sus nombres.

II

Una de las últimas veces que vi a don José Luis Martínez fue en el salón de cabildos de la ciudad, en la ceremonia inaugural organizada por el gobierno de la Ciudad de México a través del historiador y cronista Guillermo

Tovar de Teresa, fundador del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, y titular responsable de los festejos del Bi-centenario. Don José Luis Martínez estaba en silla de ruedas y me saludó, como siempre, con afecto, y preguntándome con la mirada qué novedades había. Ése era uno de los rasgos característicos de la vivacidad de este hombre que, como un gusano de seda, supo tejer su capullo y el nuestro con las hojas que iban cayendo entre la ciudad y la biblioteca.

III

José Luis Martínez Rodríguez nació en Atoyac de Álvarez, en el estado de Jalisco. Su padre fue un médico curioso y educado, cabeza de una familia numerosa. Como se sabe, el joven José Luis empezó a hacer estudios de medicina. Pronto los dejó por las letras —su gran pasión— en la acepción plena de esta palabra: lector, escritor, bibliófilo, coleccionista, amigo de las letras y de los escritores, curador, editor, animador de las artes y

ciudadano de tiempo completo de la metrópolis de los signos.

Lector incansable de la historia y de la literatura mexicanas, Martínez era un hombre elegante y ordenado, amante de la limpieza y de la precisión, enamorado de la exactitud como Azorín, Gutiérrez Nájera o Micrós.

Se ha ponderado su trabajo como historiador, ensayista, crítico y editor. Sin embargo rara vez se ha subrayado —y hasta donde sé sólo lo ha hecho José de la Colina— su condición de escritor y autor de una prosa limpia, precisa, elegante.

Y es que don José Luis, como se puede ver por algunos de los escritos de juventud reunidos en el libro *Primicias* —que aloja una selección de sus trabajos publicados en las revistas *Letras de México*, *El Hijo Pródigo*, *Tierra Nueva* y *Cuadernos Americanos* en los años cuarenta y principios de los cincuenta—, era ante todo un escritor al estilo latino y francés, un forjador de frases, sentencias, oraciones, cláusulas y giros con los cuales interrogaba las obras leídas para transplantarlas al solar nativo. Fue traductor escrupuloso de Valéry Larbaud, Paul Valéry, Roger Caillois, Aldous Huxley y, además, lector cuidadoso de Charles Baudelaire, T.S. Eliot, Saint-Exupéry, Jean Giraudoux; lector, editor y amigo de Agustín Yáñez, Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, Octavio G. Barreda, Jaime Torres Bodet, Octavio Paz, Alí Chumacero, y de los españoles Miguel Hernández, Pedro Salinas, para sólo mencionar algunos de los nombres prodigados y frecuentados en aquella dorada juventud, también desvelada por las cuestiones formales y conceptuales relacionadas con la teoría literaria, la estilística, la retórica y la preceptiva.

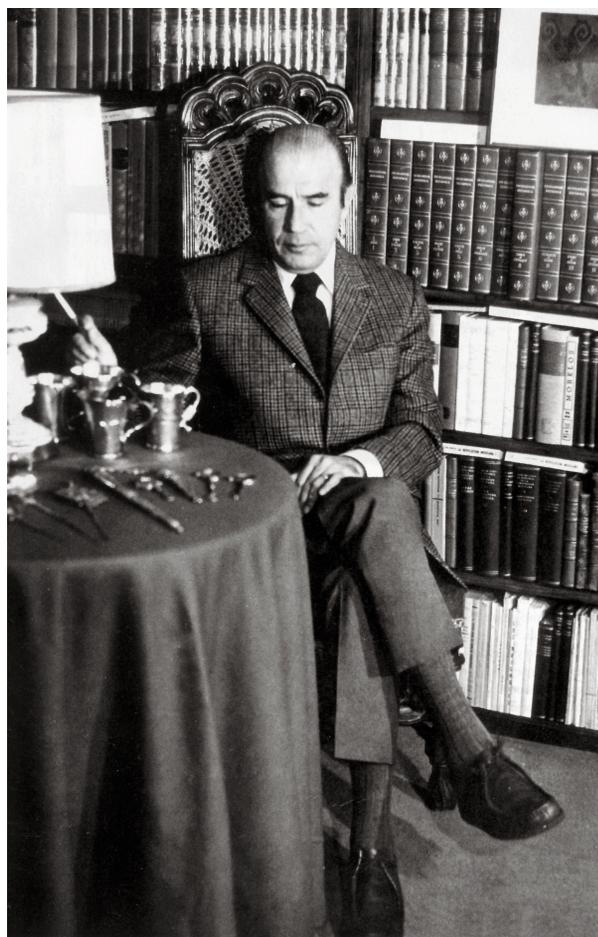
IV

Con su mirada inquisitiva y su pluma limpia y serena, Martínez iba poniendo en limpio, escribiendo y reescribiendo sus hojas con lápiz muy bien afilado, desenrollando códices, peinando álbumes —como los de *La Ilustración Mexicana*—, reseñando revistas y periódicos como *El Renacimiento*, *El Hijo del Ahuizote* o *México Moderno*, poemas y ensayos —como los de Ramón López Velarde— e historias mexicanas —como todas las que recogió y reescribió organizándolas en una arquitectura intelectual sostenida y vasta como la que se despliega en su admirable biografía de Hernán Cortés, suma de conocimientos de la época y sobre la época y que es, sin duda, su gran obra de madurez *no sólo como historiador sino como escritor*.

V

Tuvo José Luis Martínez tres maestros que lo iniciaron en el manejo de las llaves críticas e historiográficas me-

xicanas... Alfonso Reyes, Agustín Yáñez y Jaime Torres Bodet. Aprendió de cada uno un matiz del estilo mexicano de la expresión; de cada uno una forma de trabajar y de relacionarse con la ciudad; de cada uno diversos usos y destrezas hermenéuticas, retóricas y heurísticas. Pero a esos maestros habría que sumar el grupo de amigos que lo rodeó durante mucho tiempo como Juan José Arreola, Leopoldo Zea, Jorge González Durán y Alí Chumacero; el primero, amigo de la infancia, al que volvió a encontrar años después; los otros, amigos de juventud con quienes fundó la revista *Tierra Nueva*. José Luis Martínez compartía con Arreola y Chumacero esa chispa ingeniosa que le abriría las puertas de la ciudad. También frecuentó a Xavier Villaurrutia, Juan Rulfo, Andrés Henestrosa —de quien me contaba que sabía practicar una suerte de arte marcial zapoteca desenvolviéndose en las riñas callejeras a patadas con los pies descalzos—, Manuel Toussaint y José Rojas Garcidueñas, cuya devoción por el pasado virreinal mexicano y cuya pasión por los archivos virreinales fue decisiva en su conversión a la historia mexicana. María del Carmen Millán fue su discípula y su sentido del orden en la historia literaria le debe no poco a José Luis Martínez. Tuvo la oportunidad de dirigir la Academia Mexicana de la Lengua durante muchos años desde 1980 hasta 2002, fecha a partir de la cual fue nombrado director honorario perpetuo de esta corporación. Esta gestión tan silenciosa como eficiente no sólo permitió que la ilustre corpora-



José Luis Martínez

ción sobreviviera, sino que encaminara su rumbo con firmeza y visión hacia los nuevos tiempos organizando, por ejemplo, el Congreso Internacional de Academias de la Lengua en Zacatecas en 1997, alentando y promoviendo publicaciones, memorias, guías y diccionarios, amén de continuar en lo personal con su callada labor de lector que escribe, con su trabajo de escritor y editor.

VI

Para calar y comprobar la extensión y hondura del saber urbano y literario, ciudadano y poético, civil y épico, dramático y lírico de José Luis Martínez habría que sobreponer a la cartografía con el catálogo de las calles y avenidas de la Ciudad de México unas actas o cédulas con la nomenclatura de las obras y autores trabajados o mencionados en su obra —Nezahualcóyotl, Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés, Gómara, Solís, Bernardino de Sahagún, Juan Ruiz de Alarcón, sor Juana, Balbuena, Francisco de Terrazas, Fernández de Eslava, el Conde de la Cortina, José Joaquín Fernández de Lizardi, Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Ramón López Velarde, Amado Nervo, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Ricardo Garibay, Fernando Benítez, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Juan José Arreola, Gabriel Zaid, Agustín Yáñez, José Rubén Romero... A través de la obra de José Luis Martínez y de esta nómina, se podría ver hasta qué punto la mancha tipográfica urbana y la mancha referencial coinciden en su extensión. Este ejercicio no sería inocuo, apuntaría hacia algo esencial: José Luis Martínez, como todos los grandes cronistas e historiadores, está al corriente de la grandeza de las pequeñas historias tanto del país llamado México como de la ciudad llamada así; está al tanto de las pequeñas historias contenidas en las grandes y de las historietas contenidas en la historia mayor que la alimentan. Desde esa perspectiva, se puede entender la pasión y sostenida atención con que leyó los XVI tomos del *Epistolario de la Nueva España* compilado a fines del siglo XIX por Francisco del Paso y Troncoso.

VII

Algo tenía José Luis Martínez que era como el centro de un sistema nervioso de amigos y relaciones. Durante muchos años en su casa, los domingos por la tarde, se congregaba una tertulia a la que asistían amistades como Alí Chumacero, Jaime Torres Bodet, Max Aub, Carlos Pellicer, Octavio Paz, José Gorostiza, Carlos Fuentes, Juan Soriano, Jorge González Durán, Jaime García Terrés, Joaquín Díez-Canedo, entre muchos otros. Y cuando venía gente de fuera, de provincia o del mundo, iban a visitar a José Luis Martínez pues, además de su biblioteca y hemeroteca, brotaba ahí —a flor de aire— un

pozo de noticias vivas, enlaces, redes-relaciones que hacían de José Luis Martínez, como dijo su amigo el poeta Octavio Paz, “un ser imprescindible”.

VIII

Al recibir el 11 de diciembre de 1945 el Premio Rueda de poesía, discernido a favor del libro *Páramo de sueños* de su amigo el poeta y tipógrafo Alí Chumacero, quien no pudo asistir a este acto, José Luis Martínez supo escribir una página precisa de la que me permito reproducir unas líneas en homenaje a ambos escritores. El discurso de José Luis Martínez fue publicado en *Letras de México* el primero de enero de 1946:

Mi amigo Alí Chumacero comparte con dos o tres poetas más que han intimado periódicamente al mundo de los hombres desprovistos de misión divina, la saludable creencia de la separación del poeta con la sociedad. Una convicción semejante enloqueció a Raskolnikov; pero otras han sido también el origen de memorables obras líricas y de insufribles personalidades. Con todo, no es éste el caso preciso del poeta cuya ausencia reemplazo; porque él ha tenido la prudencia de añadir, a esta constitución tiesa, un humor extraído proporcionalmente de la indolencia árabe que de algún modo le reclama y de su convicción invencible en la falta absoluta de importancia de cuanto ocurre sobre la tierra. A consecuencia de estas ideas, a cuantos hemos convivido con Alí Chumacero nos ha sido otorgado el don de asistir al espectáculo cada vez más raro de un hombre que sabe defender su persona de todas las cadenas para mantenerse, desvalido quizá, pero libre para reírse de los forzados y para entregarse, muy pocas veces cada año, al ejercicio secreto de la poesía; a consecuencia de estas ideas también, el grupo de escritoras de la revista *Rueda* y las autoridades de la Biblioteca Benjamín Franklin deberán contentarse esta tarde con entregarme a mí, a título de amigo más paciente de Alí Chumacero, el premio que el jurado invitado por dicha revista acordó conceder a su libro de poemas *Páramo de sueños*, por considerarlo la mejor obra de creación literaria publicada por autores jóvenes en el año de 1944.

A quien conozca la vida de Alí Chumacero y la obra literaria del mismo, podrá sorprenderle, en principio, la notoria contradicción que entre ellos se advierte. Porque, ¿cómo explicarse que, quien propaga por el mundo habitando la leyenda de sus noches tormentosas y de sus días destinados a organizar la fatalidad, pueda ser dueño aún de una de las inteligencias literarias más claras y de una de las sensibilidades poéticas más puras entre nuestros poetas jóvenes? ¿Cómo justificar que, quien no consiente norma alguna para su vida sino es la negación de todas, postule con tan grave convicción el deber de la obra literaria de organizar su sueño con la severa e invis-



Fondo José Luis Martínez en la Biblioteca de México, inaugurado el 19 de enero de 2011

ble arquitectura de una rosa y, más aún, nos ofrezca en su obra poética una lección intachable de su doctrina crítica?

Más de sesenta años después, al morir José Luis Martínez, Alí Chumacero expresó en el vestíbulo del Palacio de Bellas Artes unas palabras que nos ayudan a situar a José Luis Martínez en la historia de esa ciudad que es la literatura mexicana y de las que reproduzco un párrafo:

Recordamos siempre a José Luis Martínez como la imagen del hombre de letras, al sapiente estudioso que solía discurrir más allá de lo establecido en el examen de los valores literarios. Su conocimiento de los juicios expuestos en admirables libros serán reconocidos como el acierto de quien abordaba los temas sin improvisaciones ni prejuicios, sino con la sabiduría que da la paciencia de la lectura y el placer que otorga el aprendizaje. Sabio y honesto, aprendió muy pronto a hacer que su opinión determinara, en la apreciación de nuestra literatura, el justo esclarecimiento de que hoy disfrutan algunas cuestiones de esa actividad artística.¹

IX

A José Luis Martínez, lector de Max Jacob e hijo electivo de la ciudad mexicana, le he dedicado un poema que enuncia, como un rosario, las antiguas calles de la Ciudad de México:

NOMBRES ANTIGUOS DE LAS CALLES DE MÉXICO

Calle del Agua.
Calle de los Alguaciles Mayores.
Calle de Analco.

¹ Alí Chumacero. *Alas de centella. Discursos*, compilación e introducción de Jorge Asbun Bojalil, Universidad Autónoma Metropolitana y Casa Juan Pablos, México, 2008, 200 pp.

Calle de Apello.
Calle del Arco de San Agustín.
Calle de las Arrepentidas.
Calle de las Atarazanas.
Callejón de Avilez.
Calle de los Ballesteros.
Calle del Baratillo de Ceballos.
Calle de los Bergantines.
Calle de Capiro.
Calle de la Carnicería.
Calle de las Carreras.
Calle de los Profesos de la Compañía.
Calle de las Causas.
Calle de la Celada.
Calle del Colegio de las Doncellas.
Calle que va del Colegio de San Pablo a la Plazuela de San Gregorio y Barrio de Tomatlán.
Calle del Conquistador.
Calle de la Chica.
Calle de los Donceles.
Calle de las Doncellas.
Calle de la Esmeralda.
Calle de Fernando VII.
Calle de la Fiscala de Castilla.
Calle de San Francisco.
Calle de la Guardia.
Calle de Guatemuz.
Calle de San Homobono.
Calle del Hospital de Nuestra Señora.
Calles de Iztapalapan.
Calle de la Joya.
Calle de Jerónimo López.
Calle de Martín López Carpintero.
Calle de Machuitlapilca.
Calle de Millán.
Calle de los Monasterios.
Calle Nueva.
Calle de los Oidores.
[...] **U**